

no quiso que faltase una figura de la Madre que más tarde lo recibiera en sus entrañas. Mirad el horrendo estrépito con que soplan los aquilones; observad las terribles detonaciones de las nubes; contemplad la furia con que despiden sus aguas las cataratas del cielo; ya los montes más elevados están al nivel con las aguas, que por espacio de cuarenta días y cuarenta noches han caído del cielo; un solo viviente no ha quedado. ¿Creeis que no existe entre tanto estrago un signo de alianza entre Dios y el hombre? Sí lo hay; mirad esa arca que va flotando entre las espumantes olas del diluvio; ella encierra en su seno las últimas reliquias de la humanidad; de esas ocho almas ha de salir la población y civilización de la tierra; pero observad al mismo tiempo que esa arca es la figura expresa de María. ¡Ah! María conserva al mundo siempre que Dios quiere destruirlo por los pecados de sus habitantes; sí, esa arca es figura de María, no sólo por ser la que salva las almas, sino también por otras circunstancias: Dios cierra esta arca por defuera para que no entren en su seno las aguas del diluvio, demostrando que así cerraría con su mano omnipotente todas las puertas por donde pudiese entrar el pecado en el alma de su Madre, impidiendo que cayese en la culpa, redimiéndola de un modo singular y privilegiado; pues á nosotros nos salva sacándonos de entre las aguas de la culpa en que nos ahogamos, mientras no permite que estas aguas entren en su Madre. Hé aquí la primera edad.

Apénas podremos dar un paso en la segunda sin quedar sorprendidos al ver el bellissimo símbolo de nuestra abogada en el iris celestial; apénas, al ofrecer Noé el holocausto de alabanza á Dios, Éste se muestra propicio á todas las generaciones del porvenir, promete que no habrá en lo sucesivo otro cataclismo de agua; y en prueba de su amor, manda que despues de las lluvias se presente el arco celestial á la vista de todos, como una señal de paz

y alianza entre Él y los hombres. Inútil es detenerse en probar lo que tienen demostrado hasta la evidencia los Agustinos, los Bernardos, los Ildefonsos y Anselmos. María es ese arco celestial que aparece siempre que el cielo se halla airado contra nosotros; sin su poderosa mediación, quizás nosotros hubiéramos perecido despues que tuvimos la desgracia de ofender á su Hijo: la desesperación y desconfianza no tienen entrada en el corazón del pecador, pues por muchas y enormes que sean sus culpas, puede elevar sus miradas al cielo, seguro de que encontrará en él á esta Madre que interponga su mediación. Pero no singularicemos la materia que tratamos; nos encontramos en la tercera época del mundo, época en que Dios empieza á preparar á lo lejos los medios de venir al mundo; María va á verse delineada en cuantas palabras habla Dios con Abraham, Isaac y Jacob, y en todos los acontecimientos.

No basta que con juramento prometa Dios al padre de los creyentes que en su semilla han de ser bendecidas todas las gentes, que su linaje ha de ir en línea recta hasta David, y desde éste hasta Cristo, por medio de María; no basta que con la más sorprendente visión y fé de los Patriarcas, ora se represente el sacrificio de su Hijo en la cima del Moria, ora vea Jacob aquella escala que tiene su cimiento en la tierra y su cima en el cielo; no basta que en mil acciones portentosas vean los tres grandes campeones del pueblo santo al Cristo y á su Madre, pues Dios quiere dar al mundo en aquella época un tipo de María en cuantas mujeres heroicas florecen; Sara con su hermosura, Rebeca con su prudencia, Lia con su fecundidad, Raquel con sus gracias, todas anuncian que en los últimos tiempos aparecerá la que las vencerá en prudencia, en virtud, en pureza, en hermosura, con tantas ventajas cuantas tiene el sol sobre los planetas.

Al recorrer la cuarta edad del mundo, es preciso con-



fesar que lengua humana no es capaz de delinear las magníficas figuras con que es representada María. La inauguración de esta gran época empieza por la zarza de Horeb, verdadero símbolo de esta criatura, inflamada toda en amor divino desde el momento de su Concepción; de esta criatura que apareció en el desierto del mundo abrasado todo con los ardores del pecado, sin que la más mínima lesión pudiera tocarla á Ella. Fué esta época, señores, el período en que Dios ostentó su poder; el cielo y la tierra parecía que habían concebido y engendrado por largo tiempo una muchedumbre de milagros, que entonces debían dar á luz para asombro de los mortales. Si vamos á Egipto, vemos trastornados los cielos y la tierra al simple movimiento de una vara que es la figura de María; si al mar Rojo, encontramos un ejército innumerable lleno de despojos y laureles, otro sumergido entre las aguas á la simple insinuación de Moisés armado de la vara, al propio tiempo que la misma hermana del legislador le sale al encuentro con otras vírgenes del pueblo santo, entonando brillantes cánticos de alegría en honor del Redentor de Israel. Si entramos en el desierto, veremos la figura de María en cuanto Dios ordena á Moisés respecto del Tabernáculo; Ella el arca santa que conserva el maná llovido del cielo y la vara de Aaron; Ella el *Sancta Sanctorum* donde no es lícito que éntre ningún profano; Ella está cifrada en el racional, en la tiara, en el efod, y en cuantos adornos sacerdotales hay en el culto de Moisés. Trasladémonos al campamento de Israel, y no sólo la encontrareis en todas las victorias precediendo á los escuadrones en hombros sacerdotales, siendo siempre el paladion del pueblo escogido, sino que oireis sus alabanzas dichas por los mismos enemigos del Señor. El adivino Balam es llamado por el príncipe de los madianitas para que maldiga al pueblo hebreo ántes de entrar en combate con él; llega el falso profeta, sube á un alto monte, echa

una ojeada á las vastas llanuras de Moab; contempla aquel magnífico cuadro de las doce tribus ordenadas por escuadrones, en cuyo centro flamean las banderas con sus emblemas, los examina, no encuentra entre ellos sino motivos de bendición y de gloria; el león de Judá ostenta entre todos los estandartes su noble bizarría, y al verlo el adivino, su espíritu se eleva, y franqueando rápidamente más de quince siglos, ve á esta ilustre criatura que cual estrella ha de anunciar á los mortales la serenidad y la paz, diciendo en tono afirmativo y profético: «Nacerá una estrella de la stirpe de Jacob.» ¡Ah! Desde Menfis hasta el mar Rojo, desde el Sinaí hasta el Jordan, desde que Josué empieza á gobernar á Israel hasta que Débora consigue triunfos esclarecidos sobre los enemigos de Dios, María se ve delineada en todas las heroínas, en todos los portentos y en todas las ceremonias sagradas que se ejecutan en el Tabernáculo.

Hemos llegado á la quinta gran época del mundo: en ella cesan, por decirlo así, los símbolos materiales, y empieza el reinado de la profecía; Salomón ejecuta en un círculo grande cuantas obras había en el Tabernáculo; el templo santo de Jerusalem reemplaza al antiguo Tabernáculo de Moisés; pero ántes ha celebrado su padre David en cien y cien cánticos divinos todas las grandezas de la creación, todos los atributos de la Divinidad; ha lanzado su vista profética en el porvenir de los tiempos, y al son de su lira ha cantado la Encarnación, el Nacimiento, la Pasión, la resurrección, la gloria y los tiempos del Ungido, no dando un solo acorde en su arpa que no resuene con el nombre augusto del Mesías y su Madre. Desde que el Profeta Rey ha hablado, las bóvedas del templo resuenan sin cesar, de tal modo, que las piedras pueden conocer al Redentor futuro á fuerza de oír resonar los cantos de la profecía. La gran era de los Profetas se abre; apenas habrá un reinado ni un lustro que no



vea un enviado del Señor; sucesivamente vendrán los Isaías, los Jeremías, los Danieles y Ezequieles, los Micheas, los Joeles, los Malaquías y Zacarías, que, no sólo predicen los caracteres del Mesías, sus ignominias y sus excelencias, sino que señalan el siglo y el año de su venida, refiriendo también las nobles prerogativas de su Madre, de tal modo y tan expresamente, que no parece sino que veían los acontecimientos, no faltando sino nombrar á la Madre de Dios para conocerla. Sí, añadid á la gran profecía de Isaías el nombre de María, y direis que este Profeta es un evangelista del Nuevo Testamento. Poned el nombre de María en el cap. XLIV de Ezequiel, y direis que escribía cuando la virginidad de la Madre de Dios era atacada por los Helvidios y otros hombres fanáticos de la era del Cristianismo.

Hé aquí, señores, un hecho que no puede negar ni oscurecer la impiedad delirante: despues del pecado de Adán se oye la promesa divina de la redención futura, y Dios va preparando paulatinamente al mundo para el tiempo de la reparación, conservando en el género humano esta esperanza por mil medios de su sabiduría infinita: primero habla á los Patriarcas; luégo vienen los símbolos y figuras; despues hablan los Profetas, inculcando todos la idea del Cristo y de su Madre, y la época de su aparición como aquella en que por medio de ellos se daría paz á la tierra, dicha al mundo y gloria á Dios.

Raciocinemos, pues, despues de haber registrado con rapidez cuanto ocurriera en todas las edades. Al poco de haber empezado la época precursora del Cristo, cuando la mayor parte del pueblo escogido había abandonado la ley de su Dios, se levanta Elías, aquel que por su celo y persecuciones fué el más acabado tipo del Redentor del mundo. Él y los sacerdotes falsos fueran la personificación de Cristo y de Lucifer, de la verdad y de la mentira. No es mi ánimo referir aquel triunfo brillante que Elías

obtuviera en las vértices del Carmelo sobre la idolatría y abominaciones de Acab y Jezabel; pero sí debo decir que aquella victoria fué el simulacro de la victoria de Jesús sobre el infierno; así como lo que sucedió inmediatamente despues de este triunfo fué una figura la más expresiva de los cultos que hoy tributamos á María. Gemía la tierra y sus moradores, porque el cielo, volviéndose de bronce, no había dejado caer ni una gota de rocío hacía tres años y tres meses; para aplacar la ira divina sube Elías al Carmelo, y despues de repetidas instancias al cielo, ve que de la mar se levanta una nubecilla no mayor que la huella de un hombre, y tanta es la celestidad con que se extiende y condensa en el horizonte, tanta la abundancia de aguas que se prepara, que apenas queda tiempo al Rey Acab para uncir su carroza y regresar á Samaria.

¡Ah! ¿Quién no ve aquí del modo más palpable descrita la virginidad, la fecundidad de María? ¿Quién no admira aquella nubecita que se eleva de las aguas purísimas del Océano y se extiende cubriendo la tierra, fecundando con sus influencias las almas yermas por los ardores de la culpa? Elías comprendió muy bien lo que sería la Madre del Redentor, y quizás temeroso de que faltasen verdaderos adoradores del Señor, fundó los colegios de profetas en las cimas del Carmelo, para que se perpetuase en ellos la fé hasta el momento de la aparición del Mesías, si por desgracia lo restante del pueblo judaico imitaba las impiedades de Jeroboán. Betel, Jericó, Samaria, Marfa, Gálgala y otros puntos, se ven poblados de hombres santos que viven en la soledad, entonando siempre himnos y cánticos al Señor. Esta sociedad profética continúa en todas las restantes centurias del judaismo, conservándose en ella la piedad que aprendieron los hijos de los grandes caudillos de perfección Elías y Eliseo, y dirigiendo al cielo sus oraciones para que



llegase el venturoso día de la aparición del Redentor, cuyo tipo fuera Elías, y la era de paz que traería á la tierra la dichosa Mujer figurada en la nubecilla del Carmelo.

Y en efecto, señores; la victoria de Elías sobre la cima del Carmelo y su morada en él con los discípulos que le imitan, es un hecho de la mayor importancia en la antigüedad; porque aún prescindiendo de su espíritu de profecía, y considerándolo sólo como un hombre sabio y timorato nada más, debía tener una idea de lo que sería aquella Mujer, que en tiempos futuros daría á luz al nuevo Legislador que Moisés había anunciado; y como todos los demás justos de su época, debía ver en su mente á esta gran heroína adornada con todas las luces de la maternidad divina. ¿Cuánta, pues, no sería la ilustración de su espíritu, después de haber tenido tan íntimo trato con Dios? ¿Cuán clara y distintamente no vería toda la grandeza de esta criatura, cuyo símbolo le describió el cielo en la nubecilla que ascendiera del mar y cubrió la tierra? Fué entonces sin duda el fausto momento en que se echaron los cimientos de la devoción á María; el Profeta no podría ménos de bendecir en aquel instante al futuro Redentor y á su augusta Madre, á quienes alabó por la victoria que acababa de reportar sobre el infierno.

Creo, pues, haber dicho una verdad histórica cuando he afirmado que la festividad de María con el título del Cármen es el centro de mil grandezas, pues nos recuerda cuanto hicieron las generaciones antiguas y las modernas; es sin duda esta la fiesta de los verdaderos adoradores del Señor, que une en uno los deseos de todos los justos del Testamento antiguo y los amorosos afectos hácia María de los del nuevo.

La Iglesia católica, señores, no hizo, en efecto, más que desarrollar los deseos que abrigaron en su corazón los Patriarcas y Profetas, dando una forma purísima al culto

de la Divinidad; pero de tal modo, que en todas sus oraciones, después de pedir gracia por los méritos de Jesucristo, pone por intercesora á María; y después de alabar y bendecir las misericordias del Señor, alaba y enaltece en seguida las piedades de María; cuando la han perseguido los tiranos, se ha refugiado en el seno maternal de María; cuando los herejes la han querido despedazar con sus cismas y errores, ha encontrado el centro de unidad en María; cuando los hombres del mundo la han querido sojuzgar, María la ha conservado en toda la independencia que tiene de las potestades del siglo; sí, esta Reina augusta confunde con una mirada á los enemigos de la fé, y con su poderosa mano ampara á cuantos la invocan. Si tenemos algun temor de acudir á su Hijo porque, no obstante ser hombre, tiene toda la majestad de Dios, ahí se presenta María, en la que no hallaremos, como afirma el suavísimo Bernardo, sino amor y dulzura, pero amor y dulzura de Madre, que se halla siempre dispuesta á reconciliarnos con su Hijo. *Erit signum federis, etc.*

Debo concluir precisamente ahora, cuando debiera empezar; no he hecho más que poner los cimientos que sostienen el edificio tan firme como majestuoso del culto católico hácia María. María desde el principio del mundo fué esperada por los Patriarcas como Madre del Redentor, y Dios la presentó á los pueblos en emblemas y símbolos llenos de gloria y majestad, para que la esperasen como un portento del cielo. La vieron claramente los Profetas, suspiraban por ella los justos, y en espíritu se prosternaban ante la que todas las generaciones llamarían dichosa.